



ARIEL

Quincenario antológico de Letras,
Artes, Ciencias y Misceláneas.

Director: FROYLAN TURCIOS.

Apartado 1622. Teléfono 2138.

SERIE 45.

San José de Costa Rica, América Central. 1º de marzo de 1943.

NÚM. 133.

SUMARIO:

I. El arte de juzgar al prójimo. La clasificación de los hombres que nos rodean, *Moisés Vincenzi*.—II. La muerte de Cook.—III. Elemento fundador.—IV. Manos inefables, A Emma Riffenhouse, *Pórtico azul*, *Froylán Turcios*.—V. El verdugo nostálgico, *Giovanni Papini*.—VI. Arco purpúrea, *Amelia Ceide*.—VII. Carta de Jorge Fidel Durón.—VIII. El silencio, *Saadí*.—IX. Haikais, *Leicia Rivera*.—X. Ney, *Carlos Arturo Torres*.—XI. Ruego por el hijo de veinte años, *Juana de Ibatourou*.—XII. Las grandes voces.—XIII. Cedro, *Dolores*.—XIV. Tabú, *Claude Farrere*.—XV. El acreedor de príncipes.—XVI. La niña de la lámpara azul, *José María Eguren*.—XVII. Album de Froylán Turcios, *José Leiva*.—XVIII. Duelo de tres hermanos, *Emilio Lombey*.—XIX. El cacique Cocorí, *Rubén Esquivel de la Guardia*.—XX. La rosa silvestre, *Enma Isabel Callejas B.*—XXI. Froseología económico-financiera.—XXII. Vaticinio cumplido.—XXIII. Consejos a una esposa novicia, *Deshaucio*, *Francisco Pimentel*.—XXIV. El agujero, *G. K. Chesterton*.—XXV. Meteorología.

—XXVI. Jane Addams y el ladrón.—XXVII. Una frase de Cánovas.—XXVIII. Las tres hermanas fatales, *Leopoldo Lugones*.—XXIX. Escuela de lujo, *Julio Acosta*.—XXX. Una anécdota de Rodó.—XXXI. El arte de coleccionar sellos, *J. M. Llorendí*.—XXXII. La guerra.—XXXIII. Conozcamos nuestro bello idioma.—XXXIV. Cómo murió un espía nazi, *Sergio Carbó*.—XXXV. No me da la gana morirme, *Miguel de Unamuno*.—XXXVI. Fiesta fúnebre, *Paul Cladel*.—XXXVII. Canción triste, *Edmundo Vanderammen*.—XXXVIII. Lo cruz florecida, *Myriam Francis*.—XXXIX. El suplicio de Miguel Servet, *Pompeyo Gener*.—XL. Una cozurrería del Pre-idente Morales Bermúdez.—XLI. Musa impasible, *Francisco Julia*.—XLII. El testimonio de Fo-Yao, *Porfirio Barba-Jacob*.—XLIII. La rosa, *Li-Tai-Po*.—XLIV. Los pequeños cerebros, *Julio Camba*.—XLV. Guantes blancos.—XLVI. Ariel.—XLVII. Pequeños anuncios.—XLVIII. El Presidente Balta y Pancho Fierro.—XLIX. Democracia y religión, *Hipólito Taine*.

LA COLABORACIÓN DE ARIEL SERÁ SOLICITADA

EL ARTE DE JUZGAR AL PROJIMO

Conócete a ti mismo—aconseja el filósofo a cada hombre. Y no precisamente porque la tarea sea fácil; algunos creen que es imposible. Y, no obstante, nuestra actitud frente a los demás suele ser definitiva y unilateral. Creemos conocer al prójimo, a los dos o tres días de tratarlo. ¿Hay algo más imprudente que esta conducta? No existe otra norma en el trato cotidiano con hombres y cosas.

Ni los sentidos externos nos dan una idea exacta de las figuras y sus fenómenos. La ciencia demuestra que las cosas no son como las vemos, las sentimos o las oímos. Todo es diferente a nuestra modesta capacidad de captarlo.

Lo raro no está en que el hombre vulgar aprecie a las personas con una profunda ignorancia. Lo extraordinario, lo incomprendible es que los pretensos sabios de academia, los letrados profesionales y hasta aquellos estudiosos que hacen profesión de filósofos, juzguen a una mujer por su voz, a un hombre por su modo de andar, a un niño por su simple figura, a un obrero porque habla mal, a un escritor por un libro único, a un maestro por una referencia de un amigo o de un enemigo. Advertimos a diario el terrible error, entre las clases intelectuales más distinguidas.

La ciencia exige coordenadas precisas para situar un hecho; la filosofía, correlaciones innumerables con objeto de alcanzar tal propósito. Sin embargo, ¡cuánta injusticia se ve en ellos al tratar a sus semejantes, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos, a sus enemigos, ciertos o imaginarios!

Conocer hombres es la tarea más ardua y útil de todas. Conocerlos con el fin de ser justos con ellos; no para medrar de ellos. Conocerlos con la intención de servir; con el deseo, insatisfecho siempre, de ofrecer nuestro amor, como una alfombra, a sus plantas. Porque ellos no son otra cosa que el espejo de nuestros propios espíritus.

Moisés Vincenzi.

Escribe... y pasa el móvil
dedo del infinito.
Y después ni con toda
tu piedad o tu ciencia
lograrás que regrese
para cambiar lo escrito:
ni con todas tus lágrimas
borrarás la sentencia.

Omar Khayyam.

—Quien quiera sangrar menos en tiempo de guerra tendrá que sudar más en tiempo de paz.—*Chiang Kai-Shek*.

LA MUERTE DE COOK

Acaba de extinguirse una de las existencias más extraordinarias y pintorescas del mundo científico norteamericano. Se trata del sabio explorador Frederick A. Cook, quien se decía descubridor del Polo Norte y el primero en haber ascendido a la cumbre del monte Mc. Kinley, en Alaska, aunque ambas aseveraciones fueron objeto de tenaz controversia y acabaron por dejar a su autor en el ridículo. Cook sostenía haber llegado al Polo Norte el 21 de abril de 1908 y, a este respecto envió comunicaciones a las principales sociedades científicas y geográficas del globo. Estas se lo disputaron para que diera una serie de conferencias en relación con este sensacional descubrimiento; pero luego, acosado a interrogaciones y comprobada la latitud que alcanzó Cook en su pretendido viaje al Artico, su teoría fué desmentida y su autor expulsado de todas las sociedades que antes lo habían buscado y aclamado.

Más o menos igual resultado tuvo la relación de su ascensión al monte Mc. Kinley.

Pero hay algo notable en la vida de Cook, superior a todo lo que hizo o soñó hacer en el campo científico. Y ese algo notable y extraordinario era su vida misma.

Hijo de un médico rural de las proximidades de Nueva York, decidió marchar a ese puerto a edad más o menos temprana, con objeto de estudiar medicina.

Mientras realizaba estos estudios, con los escasos medios que le permitían sus recursos, trabajó como repartidor de leche. Y después de repartir centenares de botellas en los hogares burgueses, se dirigió a la Academia de Anatomía, donde, empuñando bisturís y raspahuesos, se dedicaba a la disección de cadáveres.

Cuando Cook recibió su título de médico, se dió cuenta de que, en realidad, lo que más amaba en su vida no era la profesión de médico, sino la de marino o explorador. Le encantaban las aventuras y los viajes. Poco tiempo después se embarcó en una expedición a Groenlandia, que dirigía Robert E. Peary, y aun cuando se embarcó en calidad de médico, hizo a bordo toda clase de faenas y observaciones geográficas, que le alentaron para realizar más tarde la expedición polar—por su cuenta—que dijo haber culminado con el descubrimiento del Polo Norte.

Cansado más tarde de las travesías marítimas, se dedicó a escalar montañas. Y de esta nueva afición se derivó su famosa afirmación de haber llegado a la cumbre del Mc. Kinley,

en Alaska.

La vida de Cook y su existencia, más o menos asombrosa pueden definirse desde dos puntos de vista. ¿Fué presidida por una terrible e inexorable mala suerte, o fué él un *sabio* de muy escasa honradez científica?

Muchos se inclinan a creer lo primero, pero otros piensan que Cook jamás hizo tales descubrimientos, y que sólo era un hombre aficionado a la notoriedad. Sea como fuere, en la hora de la muerte se hacen declaraciones supremas. Y Cook dijo a sus amigos, al morir, el 6 de agosto último, en Nueva Rocelle, Estados Unidos:

—Descubrí el Polo Norte y nadie quiso creerme. He sido un hombre de mala suerte y una víctima constante de la ingratitud.

Sea como fuere, Cook baja a la tumba abriendo campo a la duda entre quienes encarnizadamente lo combatieron.”

BANCO DE HONDURAS

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Fundado el 1º de octubre de 1889.

Casa principal: TEGUCIGALPA.

Sucursal: SAN PEDRO SULA.

Capital autorizado L 1.000.000.00.

Capital pagado y reservas L 1.300.000.00.

Hace toda clase de operaciones bancarias, traslados a las principales plazas de Honduras y del exterior; abre cuentas corrientes con garantía satisfactoria; acepta depósitos a la vista y a plazos; custodia valores y documentos públicos y se encarga de cobros por cuenta ajena.

Cuentas de ahorro al 4% anual.

ELEMENTO FUNDADOR

El indio es una de las viejas y robustas ramas del tronco de nuestra raza, elemento activo en la vida de México y el que le otorga su poesía y su sentido peculiarísimo. La Conquista estrecha las posibilidades de desenvolvimiento de las civilizaciones aborígenes, que se funden con la cultura occidental; pero ahí quedan los testimonios de su genio creador en las admirables ruinas de sus ciudades, en las joyas y objetos de arte que han logrado rescatarse, en la pintura que hicieron de su civilización los primeros cronistas y en la influencia que aun perdura en nuestros conceptos de la vida.

El Nacional, México.

MANOS INEFABLES

Manos hechas de todas las blancuras
de las nieves, las flores y las aves,
tan mórbidas, tan tímidas, tan puras,
perfumadas, magníficas y suaves.

Manos de levedad de terciopelo,
joyas de la más fina aristocracia,
sois como alas sutiles para el vuelo
y estáis unguadas de celeste gracia.

Oh manos inefables, manos mías
que yo adoro, dulcísimas y buenas;
manos de mis serenas alegrías,
flores sedantes que calmáis mis penas.

Grabo el anhelo de mi amor profundo:
sentiros con recóndita delicia,
y una tarde, al morir, llevar del mundo
como última ilusión vuestra caricia.

Froylán Turcios.

(Versos publicados en Honduras
con mi pseudónimo *Gasprr de la Noche*).

—Nadie conoce tan bien a un hombre como
una mujer que ha dejado de quererlo.—*Hutchinson*.

**Pida
Bavaria - Gold...**



y le darán cerveza ..

Cerveceria Ortega-San José, Costa Rica

EL VERDUGO NOSTALGICO

(Concluye).

Otro genio demostraban los egipcios y los asirios. Cuando un pueblo se rebelaba, los reyes de Babilonia hacían desollar a los ciu-pables y con sus pieles tapizaban las murallas

de la ciudad rebelde. Estas tradiciones pasaron a los mongoles, pero Tamerlán es más famoso por la cantidad que por la calidad de los suplicios. Era un mercader al por mayor, pero no un refinado. Las pirámides de cabezas que dejaba aquí y allá como recuerdo de su paso, no dejaban de tener cierta belleza; pero sus modos de matar eran más bien comunes y despreciables. La verdadera patria de nuestro arte es China. En el viaje de instrucción que hice al Celeste Imperio hace ya muchos años, cuando era todavía joven, pude asistir a algunos de los suplicios clásicos de aquel país tan exquisitamente civilizado. Pero había comenzado ya la decadencia, y, me dicen que ahora, con la República, las cosas van todavía peor. ¡Hasta quieren imitar a los europeos y se rebajan hasta el fusilamiento!

Una sola vez, en una ciudad de la provincia de Kuan-Si, pude ver el *suplicio de los cuchillos*, que para mí es una de las obras maestras de nuestra profesión. Por lo menos es el que me ha dejado una impresión más profunda: merece ser visto. Quizás no se sabe en qué consiste. El condenado aparece atado a un palo y delante de él se halla el verdugo con una especie de cesto cubierto con un paño. De cuando en cuando el ejecutor mete la mano en el cesto, sin mirar, y saca un cuchillo, lee la palabra que se halla grabada en la hoja y, según lo que ve escrito, opera. En el cesto hay tantos cuchillos cuantas son las partes del cuerpo y cada uno lleva su inscripción correspondiente. En el primero que cogió el verdugo debía de hallarse escrito *pie derecho*, porque fué éste el primer miembro que vi cortar al paciente. Luego vi sucesivamente cortar la oreja derecha, las nalgas, la mano izquierda, la pierna derecha, el labio superior, los dos senos y el brazo manco. El paciente no gritaba, apenas gemía. Tal vez estaba desmayado. Pero dijeron que las familias de los condenados, cuando son ricas, pagan una gran cantidad al verdugo para que saque pronto el cuchillo donde está escrito *cabeza* o *corazón*, con objeto de frustrar las intenciones del inventor y abreviar la ejecución. Pero aquella vez debía de tratarse de un malhechor pobre, porque sólo al final le fué cortada la cabeza. Si los requisitos esenciales de la pena son la duración y la variedad del tormento, me parece que el primer lugar debe ser concedido al de los cuchillos. Me hice amigo de aquel verdugo: era un bello anciano con la perilla blanca y muy amable. Me dijo que aquel suplicio estaba casi pasado de moda y que se podía emplear, con

la tolerancia de las autoridades locales, solamente en pequeñas comarcas de provincia. Me confesó que también en China el arte del verdugo era ya poco apreciado y buscado y las sutilezas del oficio estaban a punto de perderse. Sus lamentos me vienen a la memoria hoy en que la decadencia es ya universal y manifiesta. Unicamente en ciertas regiones de América y del Asia central se encuentran artistas de la muerte que realizan con amor su trabajo y que no han perdido del todo las buenas tradiciones. Y yo que le estoy hablando y que puedo alabarme de tener en mi carrera casi dos mil ejecuciones realizadas con perfección y con todos los sistemas, me veo reducido a vegetar en las cocinas y a contentarme, para pasar el tiempo, en quitar la vida a vulgarísimos animales.”

Una vez le pregunté qué sanciones experimentaba, en sus buenos tiempos, durante una ejecución y si no había sentido nunca repugnancia o remordimientos por el horrible oficio a que se dedicaba. Me miró estupefacto.

—¿Remordimientos? ¿Repugnancia? ¿Por qué? Ante el condenado no sentía la impresión de tener delante a un vivo sino a un muerto. Desde el momento en que la sentencia había sido pronunciada, éste se hallaba vivo sólo por tolerancia y por razones burocráticas. Había sido ya borrado legalmente del mundo de los vivientes y yo podía proceder a mi obra con la misma frialdad que tienen los médicos cuando descuartizan y despellejan un cadáver. El verdadero autor de la muerte, para mí, es el juez; yo no era más que un instrumento como el cuchillo o la cuerda. ¿Por qué tenía que tener remordimientos? Si hubiese dependido únicamente de mí no hubiera matado ni siquiera una araña. Era el estado quien me entregaba un cadáver viviente y me ordenaba que desembrasara la tierra de su presencia. Y luego la mayor parte de los ajusticiados eran asesinos y yo no les hacía lo que habían hecho a otros, que eran inocentes.

—Confiese, sin embargo, que el oficio le gustaba y que satisfacía su afición natural a la sangre.

—¿No es esto un mérito?—replicó Tiapa—. Nadie puede ejercitar honrada y valientemente un arte si no lo ama. Y en lo que se refiere al amor a la sangre ¿qué mal hay en ello? Si nació conmigo, yo no soy responsable. Todos siguen sus propias inclinaciones. Los pintores pintan porque les gustan los colores y las formas, el astrónomo estudia porque prefiere los números y las estrellas. ¿Por qué ha de parecer extraño que un verdugo mate por que

le gusta la sangre? No comprendo el prejuicio de los hombres civilizados contra el verdugo. Si no queréis verdugos, suprimid la pena capital: los jueces no la aplican seguramente para dar gusto a los ejecutores. Y si no queréis suprimirla, dad gracias a Dios de que nazcan hombres dispuestos a dedicarse a esta profesión y honradlos como conviene.

—¿Pero esa nostalgia que usted sufre ahora no le parece algo sucio, feo?

—Pruebe—contestó triunfalmente Tiapa— de hacer cuarenta años de verdugo y luego hablaremos. Las cabezas me faltan como al escultor paralítico el barro y las paletas; sufro como sufriría un violinista al que hubiesen cortado las manos. Mi malestar es una prueba del amor inextinguible que he sentido siempre hacia el arte. Pero los puros artistas fueron siempre mal comprendidos y calumniados.

Y una lágrima, una verdadera lágrima, descendió del ojo derecho del viejo Tiapa.

Giovanni Papini.

BUFETE DURÓN

Law office.

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Para ARIEL

ARCA PURPUREA

Vida, yo te esperé alzada sobre el puente de luz que me tendía una estrella en el mar. Te soñaba piadosa y llegaste inclemente con tu barca de espinas para mi hora fatal.

Sembraste las astillas crueles en mi carne y al rasgarme el costado tu sanguinaria búsqueda, mi corazón vestía sayal de roja sangre que transformó el dolor en un manto de púrpura.

Giró la breve forma de la llave del todo que sellaba mi arcilla. Y con tu mano hercúlea me abriste el corazón para ver en su fondo el íntimo paisaje de mi arca purpúrea.

Su augusta vestidura se la dió el mar añil: ella ha visto los siglos desfilar por su alfombra purpúrea, de latidos. *Mi arca es emperatriz*, en su tormento plácido, del labio que la nombra.

En ella cabe un mundo real, otro ilusorio; de su abierta ventana vuela mi sueño al sol.

Su palabra es reflejo del humano auditorio y es un *arca purpúrea*, de amor, mi corazón.

Amelia Ceide.

CARTA
DE JORGE FIDEL DURON

Instituto Hondureño de
Cultura Inter-Americana.
Tegucigalpa, Honduras.

A Froylán Turcios,

San José de Costa Rica.

Querido y admirado Turcios:

Acabo de regresar de una intensa gira por los Estados Unidos de América donde fué uno de mis caros privilegios llevar la buena nueva contenida en la noticia de nuestra cultura, pronunciar los nombres de nuestros más destacados hombres de letras, donde tema obligado y justiciero y principal fué citarlo, y su obra. Le cuento que entre los tesoros que me traje está la obra *Some Spanish American Poets*, traducida por Alice Stone Blackwell, con prólogo de Isaac Goldberg, y donde figura Ud. como único hondureño con su lindo poema *Ojos azules*—edición que ya debe conocer.

La Biblioteca Pública de Nueva York me urgíó especialmente, por medio de su Director, Franklyn Hopper, que procurara completarle su colección de *Ariel*, pues apenas tiene, de la serie 3, los números 7 al 9; serie 5, el número 14; serie 6, del 15 al 18; serie 11, del 32 al 33; de la serie 12 el número 36; y de la 13 el número 37, de los años 1937 a 1939. Yo prometí encarecerle a Ud. su envío directamente, así: *Mr. Franklin Hopper, The New York Public Library, 5th ave. and 42nd. St. New York. E. U. A.* ¿Cree Ud. que se puede acceder a sus deseos? Como Ud. sabe, se trata de la Biblioteca más grande del mundo, particularmente interesada en la importante obra de cultura en que está Ud. empeñado.

Con el afecto y la admiración de siempre,

Jorge Fidel Durón.

EL SILENCIO

Un mercader que había perdido una fuerte suma de dinero recomendó a su hijo que guardara al respecto silencio absoluto; que no dijera a nadie una palabra.

—Bien, padre mío,—dijo el joven—obedeceré tu recomendación; pero te ruego que me expliques por qué debo callar.

—Es—contestó el padre—para no soportar dos desgracias a la vez: la pérdida que hemos sufrido y la alegría que ésta dará a nuestros enemigos.

Un hombre jamás debe comunicar al que, por algún motivo juzgue su enemigo, sus males y miserias, pues en la falsa compasión que se recibe no hay sino una oculta alegría. Y esto es peor que la misma desgracia.

Saadi.

LA EQUITATIVA, S. A.

Jabón, velas y cirios.

Productos manufacturados con materiales puros de la mejor calidad.

Tegucigalpa, D., C., Honduras, Centro América.

HAI-KAIS

Nido

Es cuna pequeñita
que primavera mece
y un milagro realiza.

Mayo

Cesto policromo
sobre los hombros
gráciles del guomo.

Lluvia

Prenden de los aleros
el arpa de cristal
los aguacetos.

El grillo

Sombra en el piñuelar
y, entre esa sombra,
metálico vibrar,

El trueno

Puñetazo en las nubes
que atemoriza al hombre
y estremece las cumbres.

Margaritas

Sobre el cándido broche de los senderos
desmenuzose el oro de los luceros.

Niño

Un capullito reciente
que vive, quiere,
y siente.

Insomnio

Puerta abierta
a la fatiga despierta.

Leticia Rivera.

Costa Rica, febrero de 1943.

NEY

Paseaba un día de noviembre de 1899 por las silenciosas avenidas del cementerio del Père Lachaise. Fatigado de una larga excursión por la augusta necrópolis de la capital francesa, tomé un estrecho sendero descendente en busca de un banco de piedra que se divisaba en lugar poco visitado y como escondido en un rincón de aquella ciudad de los muertos. Una vez en ese oculto sitio y después de un momento de descanso, me di a vagar por los senderos abruptos que de allí arrancaban, poco visitados por los turistas a juzgar por la crecida hierba que los cubría: allí no se veían sino tumbas modestas y como olvidadas, en medio de los bosquecillos de mirtos y de fresnos, rustios entonces y ya medio despojados por los vientos de otoño. En una de esas tumbas vi una piedra, no más grande ni más pulida que un canto de arroyo y cubierta casi por la inculta yerba; una explicable curiosidad me llevó a apartar la yerba invasora y entonces pude leer, toscamente esculpida allí, como por la mano de un niño, en caracteres desiguales, esta sola y gran palabra:—*Ney*.

¿Por qué aquel desdén, por qué aquel real o aparente olvido de una glorificación para el héroe legendario en el asilo supremo de la muerte? No lo sabemos; tal vez las pasiones políticas que abrieron su tumba quisieron apartar de ella las ofrendas de la posteridad. Empeño inútil: el sacrificio añadió una estrella más a las que decoraron el pecho vencedor en tantas batallas. El tiempo pasa y pasan con él los rencores y las cóleras que en un día de efímera exaltación creemos eternos; mas siempre se recordará con dolorosa admiración a aquella ilustre víctima de la *razón de Estado*, de sus propios excusables errores, y más que todo y sobre todo, de las circunstancias en que se vió envuelto, superiores a su voluntad y fatales como los Destinos de la tragedia antigua.

Carlos Arturo Torres.

RUEGO POR EL HIJO DE VEINTE AÑOS

Ya no es la flor ni el gajo. Es un arbusto que no me cabe, madre, bajo el ala, y por él rezo y tiemblo a toda hora, despierta muchas veces hasta el alba.

Lo he formado en tu amor y tu esperanza.
Te lo ofrecí, capullo mío, llena

del inmenso fervor que me traspasa por ti, divina y milagrosa reina.

Todavía sus pasos mide el ángel; todavía hacia mí vuelve los ojos como cuando era un niño y no tenía otra luz ni otro espejo que mi rostro.

Pero, celeste madre, ¿cómo aúllan en la noche los lobos!
Y cómo necesito que me inspires ¡oh Virgen del Socorro!

Pon en mi boca las palabras justas, las que a su corazón descendían rectas, las del convencimiento y el consuelo, las que sean más sabias y más buenas.

Ahora que ya es un hombre tengo miedo de no saber llevarlo de la mano, de ser ciega en su error y de ser débil... O de estar sorda y que me llame en vano.

¡Con la frente en el polvo te suplico que por él veles y me des la vida mientras él mi temura necesite,
Madre Divina!

Juana de Ibarbourou

LAS GRANDES VOCES

—Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo sino por que han de dar algún provecho.—*Cervantes*.

—Yo difiero de todo el mundo. ¡Pero soy yo!—*Loa-Tsé*.

—Nadie es héroe contra su patria.—*Víctor Hugo*.

—No hay más buen patriota que el hombre virtuoso, el hombre que siente y ama todos sus deberes y hace un verdadero estudio para cumplirlos.—*Silvio Pellico*.

—La patria está hecha del mérito de sus hijos y es riqueza de ella cuanto bueno haga un hijo suyo.—*José Martí*.

—El deber es la necesidad de obedecer la ley por respeto a la ley.—*Kant*.

—Es ventura sin par la de ser jóvenes en momentos que serán memorables en la Historia.—*José Ingenieros*.

—No hay esfuerzo generoso que se pierda.—*Abraham Lincoln*.

—Todo se adquiere con el trabajo, hasta la virtud.—*Diógenes*.

—El mejor pueblo es el que más cultiva la tierra.—*Aristóteles*.

—Quisiera que se enseñase a los niños lo

que han de hacer cuando lleguen a ser hombres.
—*Agésilao*.

—La concupiscencia del espíritu es la peor de las concupiscencias.—*Juan V'arela*.

CEDRO

Fuerte y noble criatura de Dios, diría más de una vez el santo y dulce soñador de Asís. Fuerte y noble es el cedro. La amada en *El Cantar de los Cantares*, después de enumerar bellezas y bondades del Amado, resume sus elogios comparándolo así.—**Hermoso cual los cedros.**

Recto y erguido, domina la llanura y domina la altura en su afán de más luz y cielo azul.

Abierto y generoso, sus ramas abrigaron la ilusión de las aves y los nidos, de todo lo que es bello y armonioso. Jamás se doblega; terribles tempestades lo azotaron y crujieron sus miembros de dolor; más erguido y sereno continuó sin dejar de ser cedro noble y fuerte.

Vino entonces la muerte y el noble cedro erguido se encuentra ya tendido, por fin vencido, inerte. Los pétalos fragantes y sedosos de millares de rosas que tanto, tanto amó, descienden suavemente sobre el cedro dormido, con alada caricia reverente.

Dolores.

Costa Rica,
febrero de 1943.

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS editados en París

Cuentos del Amor y de la Muerte \$ 4.00
El Vampiro (novela) 3.00
Páginas del Ayer — 3.00
Flores de Almendro (poesías) 3.00

En la LIBRERIA ARIEL

60 varas al sur de la capilla del Seminario.

TABU

En el corredor de calderas número 3 se hacía un fuego de infierno; eran dieciséis fogoneros, casi en cueros, enzarzados con las cuatro Belleville de hornos herméticamente cerrados y ceniceros abiertos de par en par.

Encima, el reloj movía la aguja cada minuto con sacudidas bruscas. Y cada ciento veinte

segundos el primer fogonero daba una voz de mando, breve como un estacazo:

—¡Abrir los hornos!

Inmediatamente los ocho hornos se abrían: cual ocho bocas de infierno, y los dieciséis fogoneros, distendiendo de golpe los bíceps, vigorosamente arrojaban en los ocho hornos, encendidos al rojo blanco, dieciséis paladas de carbón, dispuestas de antemano.

Luego las ocho portezuelas caían secamente como otros tantos resortes de guillotina y las chimeneas vomitaban en seguida torrentes de humo espeso.

Juan Diquelou, marinero de primera clase, fogonero con diploma, estaba en su puesto. Mientras tanto, pensaba en su rubia, dándosele un ardite las operaciones militares en que tomaba parte.

El *Bouvet* cañoneaba los fuertes turcos del estrecho de los Dardanelos y cumplía las órdenes del comandante superior, hombre bonísimo, pero muy viejo, como son todos los almirantes de Francia, y que no se daba bastante cuenta de lo que es un retorno de corriente. Y precisamente los retornos de corriente de los Dardanelos traen indefectiblemente los torpedos a la deriva de la costa norte hacia la costa sur. Esto lo sabe mucha gente. Algunos lo habían olvidado, sin duda.

Y ocurrió lo que ocurrió. El *Bouvet*, maniobrando como tenía orden de maniobrar, estrictamente costeo de cerca la orilla sur, la costa peligrosa; luego viró de bordo en el punto de más riesgo, y el costado de estribor tropezó con una mina a la deriva, que estalló al chocar bajo la torrecilla mayor de 274.7 milímetros.

A través de la torrecilla vióse una leve humareda rojiza. En el acto, el acorazado dió treinta grados de la banda; hubo una pausa breve. El acorazado dió noventa grados de la banda y se vió entrar el agua por las chimeneas, en las que se estrangulaba el humo en remolinos horribles. Hubo otra pausa. La cosa ocurrió tan de prisa que el buque, completamente acostado, seguía adelante. Finalmente, dió la vuelta, zozobró. Un instante se le vió flotar con la quilla al aire, el espolón algo levantado y hundiéndose por la popa, con rumbo a la eternidad. Después no se vió nada más. El *Bouvet* se había ido a pique, atastrando al abismo los setecientos veinticinco tripulantes, incluso al comandante, un capitán de navío que se llamaba Rageot de la Touche, el cual, sencillamente, se sentó en el banco de cuarto, diciendo a los oficiales:

—*Habrá demasiados muertos. Para el buen*

ejemplo, será mejor que el comandante se vaya con ellos.

Y se fué con los muertos, el primero de todos.

Honor a su memoria.

Juan Diquelou, marinero de primera clase, fogonero con diploma, primer fogonero en la tercera cámara de calderas, no tenía el menor motivo para emplear arranques tan dencados. Pensaba en su rubia, como ya he dicho, cuando el torpedo alemán estalló precisamente contra el costado de las calderas. El choque fué brutal; las planchas exteriores estallaron como la cáscara de una castaña, las interiores no aguantaron mejor; el carbón, a guisa de coferdam, se había quemado hacia ya un buen rato. El agua penetró como una tromba. El *Bouvet* no era, ni con mucho, un acorazado modernísimo; no tenía ninguna protección entre el doble fondo y las calderas. El agua se precipitó en ellas como una invasión bocne en país neutral.

Los hornos, inundados, rugieron, silbaron, se extinguieron. El agua, arremolinándose horriblemente, iba de estribor a babor y de babor a estribor, acompañada de chorros de vapor. Algunos hombres, abrasados vivos, aullaron; luego, anegados, callaron. Juan Diquelou, anegado antes de ser abrasado, no aulló. Y ocurrió el prodigio siguiente: el torbellino barrió a Juan Diquelou de estribor a babor, de un compartimiento a otro, del compartimiento reventado al compartimiento intacto, y viceversa. Al dar contra el último, Juan Diquelou perdió el sentido. Un simple desvanecimiento. Creo que no era para menos.

El agua volvió a salir, pues había de sobra. Juan Diquelou salió con el agua. De un golpe franqueó las planchas interiores, el pañol vacío, el blindaje exterior. Salió impelido fuera del buque, sin sentido, pero vivo. Fué un milagro.

Y como el cuerpo humano, específicamente, pesa menos que el agua de mar, Juan Diquelou subió hasta la superficie. Flotó un instante. El instante que bastó a una falúa inglesa, llegada al lugar del siniestro, para pescar a Juan Diquelou vivo. Olvidaba un detalle: Juan Diquelou no sabía nadar.

Podéis preguntarle cómo salió del paso. Os contestará sinceramente que no lo sabe. Es la pura verdad.

Era tabú y nada más.

Hay gentes que son tabús.

Claude Farrere.

EL ACREEDOR DE PRINCIPES

Del príncipe de Schaumburg-Lipe, que fué el más rico de los príncipes alemanes independientes, es la siguiente anécdota:

En cierta ocasión hubo en Francfort una asamblea de soberanos germánicos, y estaban todos ellos comiendo en el antiguo Hotel del Cisne cuando se abrió la puerta y un hombre de edad avanzada entró en el comedor. Inmediatamente todos los principios se levantaron con muestras del más profundo respeto.

—¿Quién es ese anciano?—preguntó el príncipe Schaumburg-Lipe al que estaba a su lado.

Y como se le contestara que era el famoso Rothschild, de quien todos los comensales eran deudores, exclamó:

—¡Ah! Entonces puedo quedarme sentado. Yo no le debo nada.

LA NIÑA DE LA LAMPARA AZUL

En el pasadizo nebuloso
cual mágico sueño de Estambul
su perfil presenta destello
la niña de la lámpara azul.
Agil y risueña se insinúa
y su llama seductora brilla.
Tiembla en su cabello la garúa
de la playa de la maravilla.
Con voz infantil y mcidiosa,
con fresco aroma de abedul,
habla de una vida milagrosa
la niña de la lámpara azul.
Con cálidos ojos de ternura
y besos de amor matutino,
me ofrece la bella criatura
un mágico y celeste camino.
De encantación en un derroche,
hiende leda, vaporoso tul;
y me guía a través de la noche
la niña de la lámpara azul.

José María Eguren.

ALBUM DE FROYLAN TURCIOS

Amigo Turcios:

Rara psicología la de Ud.; quien le juzgue de lejos, a través de la maravilla de sus versos y de la magia de su prosa, encontrará un espíritu sutil; quien le aquilata de cerca, haciendo abstracción de su obra literaria, hallará en su gallarda

apostura de perfecto caballero el indomable coraje de un león.

Por eso cuando mi magna estrella me puso frente a Ud., auné los dos aspectos de su alma, y creí reconocer al renombrado Passarella di Fiante, que acariciaba su estoque florentino mientras tejía, en perfumados pliegos, galantes mandrigales a las bellas ragazzas venecianas.

Y recordé la estrofa de Villaspesa:
*...Pues soy de la estirpe de nobles guerreros
cuyos yataganes en la lid reñida
siembran el pavor;*

*mas si en unos ojos se ven prisioneros
pálidos y tristes se mueren de amor.*

Porque Ud., poeta de oro y paladín de acero, es capaz de eso: de morir de amor.

José Leiva.

Tegucigalpa, abril de 1923.

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos de *Ariel*, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

Permaneció dos años sin volver a oír hablar del asunto. Obligado a pedir el retiro por una de esas afecciones del pecho que no perdonan, había ido a morir a su castillo, a una legua de Belley. Una mañana le anunciaron la visita de un extranjero: el tercer hermano.

—Conozco el motivo de su viaje—exclamó Th***—; pero no valía la pena de incomodarse; antes de poco la naturaleza me habrá hecho, sin ningún peligro para usted, todo el mal que puede desearme.

—Únicamente yo estoy encargado de mi venganza—respondió el joven con arrogancia.

El marqués pidió entonces su espada, y apoyándose en el brazo de su criado, se arrastró penosamente hasta la linde del bosque. Atacado con viveza, se enredó al romper, en unas yerbas, y cayó al suelo.

—Levántese usted—dijo W***—; yo he venido a combatir y no a asesinar.

Continuó el lance y W*** cayó atravesado por una estocada.

El marqués no le sobrevivió más que tres semanas.

Emilio Colombey.

DUELO DE TRES HERMANOS

El marqués de Th***, de guarnición en Brujas, hacía la corte a la señorita de W***, de extraordinaria belleza, la cual tenía tres hermanos. La señorita se enamoró apasionadamente del marqués hasta el punto de que un visible embarazo hizo pública la ligereza de su conducta. El marqués se negó a casarse, y al poco tiempo el regimiento donde servía recibió la orden de marchar. No había caminado tres leguas cuando le alcanzó el mayor de los hermanos W***. Sin decir palabra se internaron en un bosque próximo; y algunos minutos después Th*** continuaba su camino dejando muerto a su adversario.

Varios meses después, encontrándose en Bayona, fumaba tranquilamente a la puerta de su casa, cuando vio bajar de una silla de postas al segundo de los hermanos, que se dirigió hacia él.

—Sé a lo que viene usted—le dijo—y estoy dispuesto a seguirle.

Fueron a batirse a las orillas del Adour, y el marqués se desembarazó del segundo lo mismo que del primero.

EL CACIQUE COCORI

Durante la conquista de Costa Rica por los españoles, la igual que en las otras provincias hermanas, se puso siempre de manifiesto la altivez y la estirpe del indio americano.

En el año 1540 el Rey de España nombró para gobernador y capitán general de la Provincia de Costa Rica a Diego Guerrero, quien una vez en el desempeño de sus funciones y como casi todos los gobernadores españoles de su época, no pensó en otra cosa que en maltratar a los indios y arrebatarles su oro.

En cierta ocasión el gobernador Diego Gutiérrez tuvo que hacer un corto viaje a Nicaragua y como los víveres eran bastante escasos, dejó encerradas unas vasijas llenas de sal y de miel. No encontrando estos víveres a su regreso, Diego Gutiérrez envió a un mensajero a llamar a los caciques guétares Camaquire y Cocorí, quienes ya en otra ocasión le habían regalado setecientos ducados de oro y le habían provisto de víveres, para que vinieran a verlo bajo promesa de que no les harían ningún daño. Llegaron ambos, aunque de

muy mala gana y Diego Gutiérrez violando la palabra empeñada, les hizo prender y echarles una cadena al cuello. Consumada esta villanía les dijo que le devolvieran la sal y la miel que había dejado enterradas al salir para Nicaragua. Contestáronle ellos que ignoraban el asunto y que ninguna necesidad tenían de lo que les sobraba. Prorrumpió entonces el gobernador en amenazas y denuestos contra sus indefensos prisioneros, que para mayor seguridad hizo liar a los pies de su cama, obligándoles a dormir en el suelo. Camaquire, el más joven, que tenía fama de ser muy rico, hizo que le trajesen dos mil ducados en joyas de oro; pero esta suma no fué bastante para moderar la codicia del gobernador, quien a diario amenazaba a los caciques con hacerles cortar la cabeza sino le daban más oro; y como no lo hacían, mandó encender una hoguera y que llevaran a Camaquire al sitio en donde ardía. Una vez allí le mostró un gran cesto y le dijo que si dentro de cuatro días no le daba oro suficiente para llenarlo seis veces lo haría quemar vivo. Atemorizado el infeliz despachó a sus esclavos con orden de que trajeran el oro que pudieran haber.

Estos caciques, como todos los indios, acostumbraban bañarse varias veces al día y un criado fiel del gobernador era el encargado de llevarles el agua. Sucedió que en la tarde del día siguiente al de la amenaza de la hoguera, el criado dejó mal cerrada la puerta de la prisión después del baño y durante la noche logró fugarse Camaquire. Fué tan grande la contrariedad de Diego de Gutiérrez al ver así evaporados los montones de oro con que soñaba, que enfermó de pesar y cuando veía al famoso cesto exclamaba rabioso que se ensuciasen dentro. Pero le quedaba Cocorí y sobre él recayeron sus iras. Este cacique, más varonil que su compañero, no se dejaba amedrentar por sus amenazas, contestando siempre con firmeza que no le daba oro porque no lo tenía.

Irritado Diego de Gutiérrez le dijo que si no le entregaba cierta suma lo haría despedazar por sus perros. Estas palabras fueron entendidas por el indio quien le replicó con altivez que era un mentiroso y un embustero, porque muchas veces le había amenazado ya con matarlo y sin embargo no lo hacía; que cuando vino a verlo había sido bajo la fe de su palabra, confiado en que sería bien reci-

bido y no ultrajado de aquella manera y que no sabía de qué casta eran los cristianos que tantas maldades cometían por doquiera que pasaban. Lleno de sorpresa al oír palabras tan enérgicas, y avergonzado quizá de su iniquidad, Gutiérrez se limitó a contestarle que lo tenía preso porque era un ladrón que le había robado la sal y la miel.

Exasperados por las crueldades y exacciones del gobernador, otros caciques se habían aliado para combatirlo incendiaron los pueblos, cortaron los árboles frutales y se fueron a los montes, llevándose las cosechas para quitar así a los españoles todo medio de subsistencia. En tan mala postura el gobernador Diego de Gutiérrez tomó la resolución desesperada de internarse por los bosques en seguimiento de los indios confederados.

Levantó el campo y dispuso que los bagajes los llevaran a costas los indios de Cocorí. Al ver el cacique que a él también le destinaban una carga se echó a llorar como un niño, prometiendo al gobernador que, si le devolvía la libertad, en término de cuatro días iba a traerle una buena suma de oro. Porque pudo más en el ánimo del cacique el temor de esta cruel afrenta que las amenazas de las torturas y de la muerte, ante lo cual no había temblado un solo instante. Diego Gutiérrez se negó a liberarlo.

Caminando unos días los españoles llegaron a un punto en donde se bifurcaba el sendero que hasta entonces habían seguido. Preguntó Gutiérrez a uno de los indios cuál de los dos senderos debía tomarse para salir a cualquier poblado. El indio contestó que lo ignoraba y Gutiérrez le hizo cortar en el acto la cabeza. En seguida hizo la misma pregunta a Cocorí, respondiéndole éste que tampoco lo sabía. Gutiérrez ordenó entonces que le matasen también. Al oír pronunciar su sentencia de muerte, el cacique depuso la carga y bajando la cabeza con admirable estoicismo esperó el golpe sin pestañear. Conmovido al fin el bárbaro gobernante por tanta entereza, detuvo el brazo de sus esclavos, perdonando a este indio valeroso una vida de que tan poco caso hacía.

No sabiendo qué camino tomar, la expedición permaneció en aquel sitio. A la mañana siguiente, gran número de indios armados con lanzas y pintados de negro y rojo—colores de la guerra—y entre los cuales venían veinticinco caciques principales que se habían

confederado, cayeron de pronto sobre los españoles con espantosa vocinglería y gran ruido de trompetas y tambores y gritando en perfecta lengua castellana: ¡Toma oro, cristiano! ¡Toma oro!, desharataron la expedición, matando a Diego Gutiérrez, a quien los indios cortaron la cabeza, los pies y las manos. Eso sucedió en diciembre de 1544 en el lugar llamado por los indios Tayutic, situado sobre el valle de Tayut y tal fué el terrible fin del codicioso e inhumano gobernador. Este y sus soldados combatieron y se defendieron valerosamente hasta la muerte, como buenos españoles, pero la noble conducta del cacique Cocorí hace más odiosa la de los que así maltrataban a gentes que de seguro valían más que sus verdugos.

Rubén Esquivel de la Guardia.

Buenos Aires. agosto. 1942.

Véritas.

Para ARIEL

LA ROSA SILVESTRE

Allí donde hay plantas que ni siquiera florecen, donde crecen a la par la hortiga y el zacate, sí, allí está la rosa silvestre, tendiéndose sobre los matorrales, como para darles un poco de belleza.

Un día un musgo, que crecía sosteniéndose en una de las piedras que bordeaban el río, le dijo a la pequeña rosa:

—¿Por qué emigraste de los jardines? Allí te prodigaban los más grandes cuidados, crecías más hermosa y tu color era mucho más encendido. Di, di, ¿por qué te viniste?

La rosa se estremeció al paso de una suave brisa, y no dijo nada, pero con tristeza renacieron sus recuerdos:—Si, ella había vivido en los jardines, en los más hermosos jardines, siempre en su raíz había tierra suave, y aunque no lloviera, a ella nunca le faltaba el agua. Y, sin embargo, prefirió venirse al campo, porque allí no había manos blancas capaces de destruir, o inocentes sonrisas capaces de hacer daño. Había espinas, la hortiga las tenía, pero ella no las ocultaba a nadie; el agua no siempre era limpia, pero cuando no lo era, se enturbiaba.

Y por todo eso prefirió crecer al borde del río, no tener agua más que cuando las nubes quisieran dársela, y ceder a las demás plan-

tas toda la tierra a su alrededor. ¿Qué le importaba que su tallo fuera menos fuerte y su flor más pequeña, si allí donde estaba no existía la mentira? Ahora podría extender sus ramas hasta donde quisiera, no vendrían las crueles tijeras a cortárselas; en fin, ahora era libre.

El musgo la seguía viendo, la rosa silvestre exhaló su perfume, el que ahora tenía el aroma de la tierra, y sonriéndole le dijo:

—¿Que por qué me vine al campo? Nunca lo comprenderás porque nunca has conocido el engaño o la opresión.

Emma Isabel Callejas B.

FRASEOLOGIA ECONOMICO-FINANCIERA

Deflación.—Es la disminución de la cantidad de moneda o de la moneda de papel, contrayendo la circulación de manera de influir en el aumento de los precios a límites poco razonables. Es la contracción monetaria indebida, originada por un retiro de la emisión.

Deflación (en el sentido absoluto).—Disposición legal que consiste en disminuir la circulación de la moneda por habitante, en relación con la circulación de mercaderías y de productos.

Inflación.—Es el aumento que excede de los límites razonables, especialmente en cuanto se refiere a precios y a la emisión de papel moneda.

Inflación (en el sentido absoluto).—Disposición legal que consiste en aumentar la circulación de la moneda por habitante, en relación con la circulación de mercaderías y de productos.

VATICINIO CUMPLIDO

Cuenta don F. Ernesto Sandoval, en las páginas 69 y 70 de sus *Memorias*, que a fines de febrero de 1894 fué al Hotel de Mutti, en San Miguel, El Salvador, a hacerle un reportaje al general Domingo Vásquez.

Y que fueron éstas sus palabras finales:

—Si el general Ezeta me hubiera prestado el auxilio que le solicité, en mí hubiera tenido el mejor de los amigos. Me lo negó, y oígalo bien, señor Sandoval: *tres meses le doy para su caída.*

El vaticinio del general Vásquez se cumplió al pie de la letra, porque a los tres meses justos el general Carlos Ezeta caía del Poder."

CONSEJOS A UNA ESPOSA NOVICIA

Cuando por la mañana te acerques a su vera y lo encuentres dormido con el reloj-pulsera, una media en la cama, la otra media puesta, de par en par la boca, y un aliento que apesta, y en el pañuelo encuentres la *Marca de la Zorra*, de un carmín detestable que con nada se borra.

Y al despertar conteste a tu interrogatorio, sin mirarte a la cara, que estaba en un velorio, o bien, que fué a La Guaita para un asunto urgente y al regresar el carro tuvo un serio accidente... Y esquivé las preguntas, rebuyé las disputas, y en vez del desayuno pida la sal de frutas; y tararé mientras se viste y se acomoda, un pedacito, el mismo, de la rumba de moda; y no se afeite—aunque tiene cara de entierro— porque está más nervioso que la cola de un perro...

Y al marcharse al trabajo, a hora ya tardía, te pida que le prestes *medio* para el tranvía; y a las once un auriga bajando de su coche pregunte dónde cobra las seis horas de anoche...

Cuando ocurra todo esto, si es que ya no ha ocurrido, no le formes escándalos a tu pobre marido; ese día procura ser con él complaciente, y reserva la escoba para el día siguiente.

Déjalo... Hígado y alma le darán mil tormentos por medio de las náuseas y los remordimientos: ese día piedad y limón necesita, pues lo que tiene adentro es la muerte chiquita.

Francisco Pimentel.

EL AGUIFRO

Ese cuento del agujero en el suelo, que baja quién sabe hasta dónde, siempre me ha fascinado. Ahora es una leyenda musulmana; pero no me asombraría que fuera anterior a Mahoma. Trata del sultán Aladino; no el de la lámpara, por supuesto, pero también relacionado con genios o con gigantes. Dicen que ordenó a los gigantes que le erigieran una especie de pagoda, que subiera y subiera hasta sobrepasar las estrellas. Algo como la Torre de Babel. Pero los arquitectos de la Torre de Babel eran gente doméstica y modesta, como ratones, comparada con Aladino. Sólo querían una torre que llegara al cielo. Aladino quería una torre que *rebasara* el cielo, y se elevara encima, y siguiera elevándose para siempre. Y Dios la fulminó, y la hundió en la tie-

rra, abriendo interminablemente un agujero, hasta que hizo un pozo sin fondo, como era la torre sin techo. Y por esa invertida torre de obscuridad el alma del soberbio sultán se desmorona para siempre.

G. K. Chesterton.

METEOROLOGIA

Vocabulario de palabras técnicas.

Abrego.—Nombre español del viento de sudoeste.

Alisios.—Nombre de unos vientos que soplan constantemente en los dos hemisferios fuera de la zona de las calmas ecuatoriales.

Altitud.—La *altitud* de un lugar o de un punto cualquiera de la tierra es la distancia vertical desde ese punto al nivel del mar.

Anemógrafo.—Nombre de los aparatos que registran uno o varios caracteres de los vientos: la dirección, la velocidad, la duración, etc.

Anemómetro.—Aparato destinado a dar a conocer la fuerza o la velocidad de los vientos.

Anemoscopio.—Aparato destinado a dar a conocer la dirección del viento. Los anemoscopios más sencillos son las *veletas*.

Aneroide.—Palabra que se aplicó a un género particular de barómetros, fundados en la elasticidad de los metales.

Anticiclón.—El movimiento turbillónar que se produce alrededor de la vertical que pasa por un centro móvil de bajas presiones, se llama *ciclón*, y por oposición, el centro móvil de altas presiones, recibe el nombre de *anticiclón*.

Argo.—Gas simple, incoloro, inodoro e insípido que constituye próximamente una centésima parte de la atmósfera de la tierra. Muchos le llamaban *argón*.

Atmómetro.—Aparato destinado a medir la cantidad de un líquido evaporado en un tiempo dado. Se llama también *atmómetro*.

Auroras polares.—Meteoro luminoso que se produce en las regiones polares y cuya claridad, más o menos brillante, ha sido comparada con la aurora. Las auroras polares son dos: la *boreal* y la *austral*.

Baguio.—Nombre del huracán en el archipiélago filipino.

Barógrafo.—Barómetro registrador.

Barómetro.—Instrumento que sirve para medir la presión atmosférica.

Borrasca.—Viento tempestuoso muy violento, pero de poca duración.

Brisa.—Viento suave que sopla en las orillas del mar. Hay también brisas de montaña.

Cenit.—Punto de la esfera celeste, que cae perpendicularmente sobre nuestra cabeza.

Ciclón.—Huracán giratorio y cuyo centro parece animado de movimiento de traslación.

Cierzo.—Viento frío y seco que sopla de norte a sur en nuestro hemisferio.

JANE ADDAMS Y EL LADRON

Jane Addams, la célebre reformadora social, tuvo en dos ocasiones la sorpresa de ver un ladrón en su alcoba al despertar por la mañana.

La primera vez sólo pensó en evitar que se despertara su sobrinito que dormía en la habitación contigua.

—No haga ruido, por favor—le suplicó al ladrón.

Desconcertado, se precipitó éste hacia la ventana con intención de arrojarla por ella.

—Se va a lastimar usted tirándose por ahí—advirtióle Jane Addams—. Baje por las escaleras y abra usted mismo la puerta.

Y así lo hizo el amigo de lo ajeno.

La segunda vez le habló al ladrón con tanto aplomo y afabilidad, que logró hacerlo desistir de sus rapaces propósitos. Cayendo en la cuenta de que no se trataba de un profesional del escalamiento, sino de un ratero ocasional que estaba sin empleo, le rogó que se marchase y que volviese a las nueve de la mañana siguiente para ver si le conseguía algún trabajo decoroso. Volvió el individuo y Jane Addams le buscó una colocación como le había prometido.

—Una gran desdicha engrandece hasta al ser más insignificante.—Carmen Silva.

UNA FRASE DE CANOVAS

Un orador famoso, muy aficionado a la diatriba, comenzó una noche a despellejar a un ministro.

—Yo concluyó—puedo hablar mal de él porque me debe el ser ministro, los sueldos que ha disfrutado y los treinta mil reales de cesantía.

—No tienes necesidad de invocar esos títulos—le interrumpió Cánovas del Castillo. Tú hablas siempre mal de la gente, gratis.

LAS TRES HERMANAS FATALES

Las tres hermanas de negro se empiezan a marchitar al soplo de una desgracia que no se han dicho jamás.

De negro se visten siempre, tal vez porque sentará a su cabello castaño y a su esbeltez natural;

pero en el mudo designio de aquella fidelidad, un vago pavor de dudoso parece a ratos flotar.

Cada una calla, aunque sabe con certidumbre total, que cuando venga el amado las tres juntas lo han de amar.

Cada una sabe, aunque calla como un secreto mortal, que si una alcanza la dicha las otras dos morirán.

Pero bien comprenden todas que si un día ha de llegar, cada una querrá alcanzarla con inexorable afán.

La dicha, en tanto, no llega, acaso no venga ya...

El amado que esperaban era una sombra quizás.

Mas, en el luto que llevan sin querérselo explicar, pasa la sombra del crimen que nunca cometerán.

Leopoldo Lugones.

COLECCIONES DE ARIEL

Números 1 al 133 (2 grandes tomos empastados)..... \$ 100.

LA CLASIFICACION DE LOS HOMBRES QUE NOS RODEAN

El hombre es un animal político, pero, antes de serlo, es crítico y clasificador. En tanto critica y clasifica, —para servirse del medio en que actúa,— los obstáculos que lo rodean, es un anima-

dor espontáneo de sus actos. El instinto del animal inferior no es más, en el fondo, que un núcleo orgánico de crítica y clasificación; espontáneo, a su vez, a medida que fué constituyéndose en la práctica de la conducta.

Juzgar al medio objetivo es cosa menos difícil que al subjetivo. A pesar de la relatividad de nuestros sentidos, captamos del mundo exterior lo que nos sirve de inmediato, aunque no sea del modo como lo vemos, lo palpamos o escuchamos. En este caso el objeto se nos ofrece en cuanto nos es útil directamente, aunque no en la profundidad en que sea verdadero. No nos interesa de la existencia externa sino aquello que puede trocarse en facilidad y en alimento para nosotros mismos. En cambio, lo de adentro es más exigente: ha de servir con el fin de facilitar nuestra conducta cotidiana, pero, además, la otra, la que se refiere a la palpitación trascendental de la vida que busca toda esfera superior del espíritu. Y es allí donde el crítico y el clasificador falla, de manera insospechada, por culpa de la sutilidad aérea de los motivos de lucha. Es más fácil adivinar si una fruta puede hacernos daño, que advertir el peligro que debe entrañar una amistad mal escogida o un enemigo mal administrado.

Con mucha frecuencia nos sentimos juzgados estúpidamente por los demás. No sólo por la gente torpe: por hombres de éxito universitario y político. Nos asombramos de que se nos dirijan palabras de sentido inferior, de que se nos crea más ignorantes o menos delicados de lo que somos; de que, al propio tiempo, se nos atribuyan capacidades que desconocemos o méritos que nos son completamente extraños.

Si es cierto que el político actúa fuera de toda cultura o al margen de ella, le hace falta el sentido del juez, esto es, el resorte secreto de otra política más delicada que la vulgar, puesto que sus consecuencias son más finas y más hondas. Hay, pues, dos políticas fundamentales: la de la conquista perentoria del mendrugo; y la del mérito. Esta última trabaja en función de la cultura, en sus más amplios términos. La otra, del apetito animal. Los grandes animadores del pro-

greso han sido políticos en una superior esfera de la inteligencia. Han sabido criticar a hombres y cosas; rodearse de los más sinceros y distinguidos espíritus. Y así han logrado triunfar para sí mismos y para la colectividad humana a que han destinado, como verdaderos jueces de la vida, su esfuerzo. Escuela de verdaderos críticos y clasificadores la que les ha servido en la batalla diaria: escuela de artistas, de sabios, de filósofos, de conquistadores, de héroes; de amigos del hombre, en el más bello y más alto sentido de estas palabras.

Moisés Vincenzi.

Clemenceau, al que Orlando, Representante de Italia a la Conferencia de Versalles, recordaba, con mala intención, su apodo de *El Tigre*, le replicaba:

—Bien, lo soy, pero un tigre normal; pero usted es una degeneración del tigre: *un tigre vegetariano*.

Versos del Ayer

PARA EMMA RITTENHOUSE

Emma, tu gracia gentil
por donde pasa enamora,
irradias luz de la aurora,
ríe en tus ojos abril.
Imán extraño y sutil
tiene tu espíritu en flor
y tu cuerpo encantador,
que en esta ruina consagro,
es un divino milagro
de morbidez y de amor.

La magia de tu figura
se graba en el corazón
como vibrante obsesión
de luminosa ventura.
Eternamente perdura
tu recuerdo en quien te mira.
¿Quién al verte no suspira?
¿Quién no siente el ansia cruel,
del amor la sed terrible,
ante el rosado imposible
de tu boca de clavel?

Froylán Turcios.

(Publicados en una revista hondureña
con mi pseudónimo *Roberto Rittenhouse*).

ESCUELA DE LUJO

..Noto que me he extendido mucho y apenas me queda tiempo para felicitar a *Dolores* por su medallón *Escuela de lujo*. Dineros mal

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

gastados en esos palacios que la megalomanía ha edificado; eso no revela civilización, ni adelanto, ni progreso, ni cultura. Yo preferiría los *galerones de caña* de que habla la sutil escritora, y que hiciéramos en ellos niños pulcros, educados, amantes de la libertad y del honor, de lenguaje decente, de costumbres sobrias, de ideales levantados que los empujen hacia arriba, de temperamentos recios que los conduzcan a emerger del montón anónimo. *¿Para qué escuela de lujo si no hay en el pueblo una criatura que entienda que una flor es sagrada, que un pajarito es regalo del cielo?*—dice Dolores entre dolores de su alma; y yo agrego: *¿Para qué esa escuela de lujo si los mismos niños que allí viven quiebran a pedradas los vidrios de la misma y la ensucian y deterioran con lettereros indecentes?*

Y esto que decimos Dolores y yo es lo menos que puede decirse de las tales escuelas de lujo. La cultura de un país no está en los edificios, que apenas pueden ser prueba, cuando son excesivos, de un derroche de dinero; está en sus costumbres, en sus aspiraciones, en su decencia, en su higiene, en sus ideas, en sus sentimientos. Los edificios los puede derribar un terremoto; lo otro es eterno y cada día se vigoriza más si la base es de buena calidad.

Julio Acosta.

Fragmento de un reportaje
publicado en *La Tribuna*
del 5 de febrero de 1943.

UNA ANECDOTA DE RODO

Estaba pronto para ser tirado el 5º pliego de su *Mirador de Próspero*. Por la tarde, al retirarse Rodó de la imprenta, quedó convenido que no se daría comienzo al tiraje hasta que él volviera por la noche. Imagínese su contrariedad cuando, al llegar, a la hora convenida, advirtió que la máquina estaba ya funcionando.

—Pero, ¿no habíamos quedado en que se me esperaría?

—Es verdad; pero como tenemos trabajo de apuro...

—No importa; podría haber algo que corregir.

—Todas las correcciones indicadas por usted en la prueba han sido hechas. Hasta hicimos una que se le escapó—añadió el corrector.

Rodó sintió una especie de escalofrío.

—¿A mí? ¿Se me ha escapado una...? ¿Y usted la ha hecho? ¡A ver, una pliego, pronto! ¡Pare la máquina!

Le trajeron el pliego. En la penúltima línea,

la palabra *nosotros*, que al principio Rodó había dejado dividida así: *nos-otros*, había sido dividida por el corrector en el plomo de este otro modo: *no-sotros*.

—¡Lo ve usted! ¡Es una barbaridad! ¡Ustedes me van a poner en ridículo! ¡Hay que corregir esto, como yo lo había dejado! ¡Pare la máquina! Y al canasto todos los pliegos que se han tirado.

A R I E L

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale... ₡ 1.50

Número del día..... 0.60

Número atrasado..... 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

EL ARTE DE COLECCIONAR SELLOS

Al mismo tiempo que se hace la selección por países, el coleccionista deberá tener en cuenta las siguientes indicaciones:

El arreglo y presentación de una colección de sellos tiene una importancia mucho mayor de lo que algunos filatelistas le conceden. La disposición lógica de los ejemplares, su estado de conservación y su selección, requieren ciertos cuidados, que no todos saben prestar a este aspecto del coleccionador. No se trata sólo del número de sellos, de su valor y de su calidad: nos referimos ahora al modo de presentarlos.

Ante todo, hay una regla general, sin excepción alguna, a la que debe atenderse todo filatelista: no debe figurar en una colección sello alguno defectuoso, a menos de que se trate de una gran rareza.

Se consideran como tales todos los rotos o partidos, (con excepción hecha de las primeras emisiones de Afganistán, en que, para matasellarlos, se les rompía un pedacito, y de los sellos de Macao de 1914, habilitados en 1919, con nuevo valor, que fueron vendidos al público con una profunda incisión efectuada con unas tijeras, siendo imposible hallarlos de otro modo), aquéllos que tienen cortada a causa de un golpe de tijera la per-

foración, consecuencia de cortar el fragmento de la carta donde se halla pegado el sello, ya sea en todo o en parte; los ejemplares despuntados, los adelgazados, es decir, cuyo dorso presenta, por arrancamiento, pérdida de la substancia del papel, los grasientos o manchados, los exageradamente matasellados, cuando lo que da interés o valor a un sello, no es éste en sí sino el matasello; los doblados, los pegados en pedazos, los descoloridos, etc. Deben también considerarse excluidos los inutilizados con trazos de pluma, que, salvo ciertas excepciones (los primeros de Colombia, por ejemplo), han tenido solamente uso fiscal, y los anulados con timbres de Bancos o casas de comercio, estampados comúnmente con tinta de añilina, azul o violeta, signo también de que han sido utilizados como fiscales y no para su circulación por correo.

Para separar los papeles pegados al dorso de los sellos hay que adoptar a veces determinadas precauciones. Hay algunos, como los de las primeras emisiones de Australia, Hungría, Lombardo-Véneto y Bosnia y Herzegovina, que resisten extraordinariamente a la inmersión, por prolongada que sea, haciéndose necesario emplear agua caliente durante un buen rato para conseguir desprender el papel que puedan tener adherido al dorso.

Otros, como las primeras emisiones de Rusia y las de las Colonias británicas, impresos sobre papel estucado, se destiñen en cuanto les cae una gota de agua. Ya sabemos que un sello desteñido o descolorido debe considerarse como absolutamente defectuoso. Tales sellos requieren un procedimiento especial para desprender de su dorso todo fragmento de papel extraño.

El agua descolora o altera ciertos sellos, principalmente los de Inglaterra y sus colonias, sobre todo los de color verde. Para evitar esto puede emplearse agua en la que se haya disuelto previamente un puñadito de sal.

Muchos coleccionistas son extremadamente prolijos en el cuidado de su persona y de las cosas de su uso particular, y por nada consentirían tener en su casa un espejo roto o una silla con el asiento en mal estado, y, sin embargo, no vacilan en colocar en su álbum sellos defectuosos. Esto debe evitarse de un modo radical, no tan sólo porque es feo, sino porque tales sellos carecen de valor alguno, a menos de tratarse de grandes rarezas. De

modo que, supliendo esos ejemplares, en nada se perjudica el valor de la colección, que, por el contrario, resulta embellecida.

Deben, pues, seleccionar cuidadosamente todos los ejemplares, desechando en absoluto aquellos que presenten el más ligero defecto. Es preferible tener una colección de 10.000 sellos hermosos y perfectos; que una de 20.000 cuyas tres cuartas partes estén constituidas por ejemplares con los dientes rotos, con matasellos demasiado pronunciados hasta el punto de que apenas puedan distinguirse los detalles de la impresión o con el dorso adelgazado por haber sido arrancados en seco de las cartas.

No hay que olvidar que el valor artístico de una colección tiene una importancia mucho mayor de la que algunos suponen.

J. M. Llorendi.

LA GUERRA

—La guerra es un juego que los reyes no jugarían si sus súbditos fueran juiciosos.—*Cowfer.*

—La guerra es la cura de hierro de la humanidad.—*John Paul F. Richter.*

—No habrá nunca una guerra buena o una paz mala.—*Benjamín Franklin.*

—Muchas veces una batalla perdida es el progreso conquistado. Menos gloria y más libertad. Calla el tambor y la razón toma la palabra.—*Víctor Hugo.*

—Toda guerra de liberación es sagrada; toda guerra de opresión es maldita.—*Lacordaire.*

CONOZCAMOS NUESTRO BELLO IDIOMA

Duendo.—Manso, doméstico.

Ebano.—Arbol exótico de diez a doce metros de altura, madera muy negra por el centro y blanquecina hacia la corteza.

Ebúrneo.—De marfil, en estilo poético.

Ecmofobia.—Miedo morboso a los objetos puntiagudos, alfileres, agujas, etc.

Edículo.—Edificio pequeño.

Efémero.—Lirio hediondo.

Elación.—Elevación, grandeza.

Endrino.—Color negro azulado.

Epicedio.—Poesía recitada delante de un cadáver y cualquier poesía en que se llora y alaba a un muerto.

Epistaxis.—Flujo de sangre por las narices.
Espátulomancia.—Palabra con dos acentos.
Espécimen.—Muestra, modelo, señal.
Esporádico.—Ocasional, sin antecedente.
Estiquirín.—Buho.
Falansterio.—Alojamiento colectivo para numerosa gente.
Fané.—Voz francesa. Estropeado, lacio, ajado, sobado.
Furata.—Mujer descatada, mala, sin juicio.
Fastigio.—Lo más alto, cumbre.
Feral.—Cruel, sangriento.
Lilotecnia.—Amor a las artes.
Fisán.—Alubia, judía, frijol.

COMPRADOR DE LIBROS: antes de obtener una obra cerciôrese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

COMO MURIO UN ESPIA NAZI

En la mañana diáfana y serenísima trasponemos presurosos la puerta del Castillo del Príncipe que da a la calle F, para asistir a la cita que el espía Lunning tiene concertada con la muerte.

Son las siete y media. La explanada frontera a la poterna del Penal, doscientos metros más arriba, está invadida por periodistas a los cuales se ha provisto del pase inevitable, firmado por el Capitán Morando, máximo ayudante del Ministro de Defensa. Frente a nosotros el puente levadizo salta por encima del foso alfombrado de césped, que va a ser teatro de la tragedia. Numerosas máquinas oficiales y algunas pertenecientes a empresas cinematográficas se alinean junto al contón que da sobre la ciudad arrebatada aun por la niebla, que comienza a despertarse con un prolongado y sordo rumor lejano.

Todos, en cumplimiento de un deber profesional, asistimos al suceso emocionante: en lo interno de todos, sin embargo, late el secreto y milenariego deseo de ver de cerca el gran espectáculo de la muerte del prójimo con perfecta seguridad por parte del espectador, circunstancia muy poco frecuente en la vida actual. Lunning va a ser fusilado.

A las ocho menos cuarto se nos conduce cincuenta metros más allá a la contraescarpa que da al campo de tiro de revólver, terciado en el fondo del foso. La policía advierte que están prohibidos terminantemente los aparatos fotográficos. En la pista de tiro, de veinticinco yardas, que comienza a iluminarse con el sol, hay una raya de cal en el suelo, a doce pasos de los bastidores; sobre esa línea se han de parar los fusileros, y, aunque la circunstancia es rigurosa, brinda una nota de sabor deportivo al cruento escenario del último castigo. Allá en lo alto, junto a la almena que corona el muro vetusto de la Colonia, se pasea un centinela.

A las ocho menos seis minutos un compañero que vigilaba en la poterna nos informa: Ahí viene ya.

Momentos después aparece el cortejo por la derecha, después de una revuelta del mullón. Acompañado por un religioso de albo traje talar, que le exhôrta, Lunning encabeza la comitiva con paso mesurado, tranquilo, pero sin arrogancia, escuchando atentamente las palabras de su último consejero. Lo sigue el piquete compuesto de ocho soldados y un oficial, que porta guantes de piel y una reluciente corbata negra de reglamento. Adosado contra el muro de la fortaleza aguarda el grupo de los magistrados. Se oye una ligera tos. ¿Es el condenado el que ha tosido? ¿Es el sacerdote, o alguno de la comitiva? No lo sabemos.

Pero observamos que, mientras el pelotón se despliega sobre la raya, Lunning, vestido de camisa sin mangas color azul profundo y pantalón gris, besa con gesto devotísimo la cruz que le ofrece el piadoso clérigo, y marcha con él al extremo del bastidor de tiro más próximo a los periodistas, subiendo un escalón de cemento. En las manos lleva la fotografía de una mujer. Su continente es admirablemente reposado. No hay duda de que es un individuo que tiene hecha una resolución y va a tomar sin aspavientos su amarga medicina. No parece que lo que ocurre sea de veras; el hombre que va a sucumbir da la impresión de realizar algo trivial, después de lo cual ha de reintegrarse, con idéntica parsimonia, a su celda y a sus interrogatorios...

El reo tiene las manos esposadas detrás de la espalda. Junto a él está el ministro católico, musitando algo junto al oído, que él a-

tiende no sólo con absorta atención, sino hasta con deferencia cortés. El grupo de militares se ordena en la línea encalada, perpendicular a donde estamos, y el oficial enguantado toma una posición al fondo y a tres pasos de distancia de sus subordinados.

Súbitamente cambia la decoración; un soldado se aproxima a Lunning, y le ofrece repetidamente una venda, que rechaza sin alardes de hombre que va a ser suprimido dentro de breves instantes. Se aleja el religioso, cabizbajo. Lunning entonces se asienta sobre sus piernas entreabiertas, frente a sus ejecutores, firmísimamente, con el busto en arco, con la cabeza erguida en un alarde varonil.

En esa última hora, el sol le ilumina vivísimamente el rostro, y resaltan sus colores naturales y el ritmo sosegado de su respiración, sin el menor asomo de palidez... Sus ojos miran rectamente, sin un pestaño, a los fusiles que apuntan, y un último destello de la mirada impasible y fija, como si la dirigiera para retratarse al lente de una cámara, se encuentra con el óctuple fognazo del pelotón, que hace una descarga seca y unánime, abediente a la voz asordada del oficial sincronizada con el descenso rápido del sable, que también refulge una fracción de segundo herido por la dorada luz matinal... Son exactamente las ocho menos tres minutos.

Sin una convulsión, como si se desmayase, el condenado se desploma resbalando lentamente por el poste y cae boca arriba, desfigurada la faz por un borbotón negro. Está inmóvil. Su muerte ha sido fulminante. La escuadra de fusileros da media vuelta sobre el trazo de cal, y también sus rostros sombríos se encienden en la hoguera del orto.

Así pereció, purgando su gravísimo delito, el germano Haisa August Lunning. Murió como un hombre—fué el comentario de los que presenciamos su ajusticiamiento.

Sergio Carbó

De Prensa Libre, Habana.

NO ME DA LA GANA DE MORIRME

Yo no diré que sean las doctrinas más o menos poéticas o infilosóficas que voy a exponer, las que me hacen vivir; pero me atrevo

a decir que es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre el que me inspira esas doctrinas. Y si con ellas logro corroborar y sostener en otro ese mismo anhelo, acaso desfalleciente, me habré hecho humano, y sobre todo habré vivido. En una palabra, que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella.

Miguel de Unamuno.

No os caséis con una mujer sabiendo que no os ama, aunque lleve en dote una mina de oro.—Lope de Vega.

FIESTA FUNEBRE

(Traducción de Francisco Orozco Muñoz).

Os invito a una pequeña fiesta. Esta noche entierran mi nombre.

¡Ya era tiempo! Me tenía abrumado.

Van a ocultarlo en alguna parte con todo mi ramiento para que no se despierte de golpe, lanzando alaridos.

¡Qué contento estoy!

¡Y qué alivio con el nuevo nombre!

Pero, señores, bien vale ésto unas copas de saké, y aceptad también unos langostinos salados.

Paul Claudel.

CANCION TRISTE

(Traducción de Francisco Orozco Muñoz).

La ola es azul en la mañana:
así los delantales de mi madre,
azules
en la mañana.

La ola es negra en la noche:
así la cabellera de mi madre,
negra
toda la noche.

La ola es blanca cuando muere:
así las pobres manos de mi madre,
blancas
en su muerte.

Edmundo Vandercammen.

Para ARIEL

LA CRUZ FLORECIDA

Todos llevamos auestas nuestra cruz. Y es dura y pesada, y cada día la sentimos clavada más hondo en nuestra carne lacerada. Su peso nos hace inclinarnos al suelo y hace que nuestro andar sea lento y fatigoso. Vamos con la frente inclinada y sudorosa, temblando con el peso que apenas resistimos y que hemos de llevar auestas durante toda la vida.

Pero si es con fe y con resignación que llevamos la cruz, ¡oh milagro de milagros! el madero se torna tan ligero que apenas lo sentimos, y el camino pedregoso se cubre de pétalos que lo tornan suave como si estuviese cubierto de terciopelo. Es que nuestra cruz se ha hecho de flores porque la llevamos con amor.

Myriam Francis.

Febrero de 1943.

EL SUPPLICIO DE MIGUEL SERVET (*)

De la Casa de la Ciudad salieron cuatro tambores y cuatro pífanos, con el pregonero, y se pusieron a la cabeza del cortejo. Luego una sección de alabarderos de la villa; después Servet solo, con paso firme y la cabeza alta, y detrás los arcabuceros con la mecha encendida. A distancia seguían los escribanos del Consejo con Lafontaine y Farel, para dar fe del acto. Unos familiares de Calvino alumbraban la comitiva con antorchas. La lúgubre procesión se puso en marcha, sonando la trompeta el pregonero y repitiendo la sentencia en cada esquina, mientras paraban los tambores la marcha fúnebre de los condenados a muerte. El cortejo llegó a la plaza de Burgo del Horno, siguió la calle de los Caldereros y a la puerta de San Antonio, desde la cual se veía ya la campiña. ¡Triste campiña! La hierba estaba húmeda, pues había llovido toda la madrugada. Los árboles estaban deshojados, levantando sus desnudas

(*) Teólogo y médico español (1509-1553) que presintió, entre otros fenómenos biológicos, el de la circulación de la sangre. Estuvo en Bolonia, Augsburgo y Estrasburgo, donde sostuvo discusiones con los más célebres doctores en Teología, sosteniendo doctrinas panteístas que expuso en sus obras *De Trinitatis*, *Los diálogos* y otros. Acusado de herejía en Ginebra, donde se había refugiado, y odiado por Calvino, fué condenado a muerte y quemado vivo."

ramas al firmamento. El cielo era de un gris de plomo. Soplaban el viento húmedo del sur. Era una de esas tristes mañanas de otoño, tan frecuentes en Ginebra, cuando la atmósfera se prepara para las primeras nevadas.

Según la fórmula de uso, antes de pasar la puerta de la ciudad se intimó al reo que abjurase sus errores. Servet persistió en afirmar sus creencias y añadió que era una injusticia y un crimen lo que con él va a cometerse. Y los que siguen el cortejo respondieron: *¡A muerte el herejarca!*

Fuera de las puertas de Ginebra disminuyeron los grupos. Sólo los más fanáticos marchaban detrás de la comitiva.

La pradera estaba surcada por un sendero siniestro. A lo lejos se veían a ambos lados del camino, varias horcas, de las cuales pendían cadáveres o esqueletos; algunos cuervos revoloteaban al contorno. Cuando salía un débil rayo de luz de entre una rasgada nube, la sombra de los instrumentos de suplicio, con sus terribles colgaduras, se proyectaba sobre el camino. Así se le llamaba *La vía de la mala sombra*.

Servet, con su cortejo, siguió tristemente el camino de las horcas. Luego bajó a otro camino más hondo, antiguo lecho de un riachuelo desviado; al terminar este sendero bajo, desembocó en *El Hoyo del Verdugo*, lugar donde se efectuaban los autos de Fe. Luego remontó unos pequeños mamelones verdes, cubiertos de musgo, llamados *Les Talles de Saint Paul*.

Los montones de leña estaban hacinados al lado del promontorio más alto, y no encima, para que se hallaran al abrigo del viento sud.

Al llegar a la vista de la hoguera, Servet vió un adolescente desarrapado y sin zapatos, que marchaba creca de él, mirándole con un cierto aire de compasión y de respeto. Servet quitóse sus zapatos de terciopelo y se los dió, diciéndole:

—Tómalos, a mí ya de nada han de servirme.

Servet montó sereno encima del montón. El verdugo le esperaba con sus ayudantes, los cuales le ataron con cadenas a un pesto de hierro, con su libro *Restitutio Christianismi*. En seguida el verdugo le colocó en la cabeza una corona de sarmientos untada con trementina y azufre. El pregonero tocó el clarín y cantó la sentencia. Los pífanos sonaron un aire triste, seguido de tres redobles de tambores, la turba cantó un salmo. Y el verdugo, por su propia mano, con una antorcha prendió fuego a la ho-

guera. La leña estaba entremezclada expresamente con sarmientos verdes, para que el humo espeso que se desprendiera asfixiara al paciente. Así se lo dijo el verdugo, al pedirle perdón de rodillas, antes de encender la pira: *Señor, perdónadme y que Dios me perdone. Cumpla sólo con un triste deber, y ningún interés tengo en hacerlos sufrir; al contrario, para evitaros el dolor, he preparado la hoguera.*

¡Hasta el verdugo fué más compasivo que Calvino!

Pero gentes del pueblo, viendo que tardaban en encenderse los sarmientos, corrieron a la alquería de los Vernets a buscar leña bien seca, que hacinaron con horcas. La llama crepitó, se extendió, subió en ardientes y brillantes lenguas que envolvieron al infeliz Servet de pies a cabeza. Entonces oyóse un rito de dolor, horrible, prolongado, de sufrimiento agudo, que parecía remontarse al cielo, y que los ecos del valle multiplicaron. Las turbas feroces prorrumpieron en exclamaciones salvajes de alegría. Mas dice la tradición que al cabo de algún tiempo, algunos murieron locos. Cuando de noche pasaban por las hondonadas de Champel, les parecía oír aun aquel grito lastimero que les perseguía hasta sus casas.

Calvino, es fama que presenció el suplicio detrás de los cristales de una ventana de un chalet vecino, en el cual estaba escondido.

Fernando Gener.

PORTICO AZUL

*Primera página del
álbum de Emma Bonilla.*

Reclama tu álbum un pórtico de mármol azul florido de acantos, armonioso de símbolos serenos, evocador de los días estelares de la Grecia inmortal. Veo sus altas columnas magníficas y blancas, su arco de oro antiguo ceñido de yedras purpúreas, por donde pasas tú,

Emma.

envuelta en la clásica túnica de lino, en la sien la corona de mirtos, sonriendo, en pleno triunfo primaveral, a las doradas ilusiones del Amor.

¡Oh reina encantadora! Yo levanto en homenaje a tu hermosura este pórtico de zafir, y tiendo hacia ti mi mano para que subas por él, ágil y esbelta, en la mañana fragante, bajo el fuego del sol.

Froylán Turcios.

DESHAUCIO

Me han visto nueve médicos. Los nueve, de nuestra Facultad ornato y gala. Los nueve encuentran mi salud tan mala, que me debo morir en plazo breve.

Congestión en el hígado, y no leve; bronquitis, de la tisis antesala; un riñón de su puesto se resbala, y el colón no funciona como debe.

Yo morir no me siento... ¿Pero cómo nueve sabios así—de tomo y lomo se van a equivocarse sobre mi suerte?

¿Que me debo morir? ¡Venga la muerte!
¡Todo antes que dejar en la berlina a media Facultad de Medicina!

Francisco Pimentel.

A precios, más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL**.
Dirección: 60 Varas al sur de la Capilla del Seminario, frente a la residencia del padre Kern.

UNA CAZURRERIA DEL PRESIDENTE MORALES BERMUDEZ

Eran los días en que la prensa de oposición, afilaba todas sus armas. *El Lequipo Fray José, La Tunda, La Felpa*, propinaban las más contundentes palizas al Régimen. Se acababa a Morales Bermúdez de connivencias y manobras a favor de los planes de Cáceres; se desfleaba la honra de las personas que intervenían en la administración pública, y hasta se daba cintarazos venales contra las señoras esposas o relacionadas de los hombres de gobierno.

Una noche, Morales Bermúdez, que asistía a una fiesta de familia ofrecida en casa de Chepa Covarrubias, se encontró entre los concurrentes al periodista Zegarra, que dirigía *El Nuevo Zurriago*.

No es lo mismo atacar desde lejos a un gobernante que alternar con él y Zegarra, que era todavía joven, se amoscó un poco al ser reconocido por el mandatario. Después de un rato de amable conversación, don Remigio Morales Bermúdez le dijo:

—Nadie creería al oírle a usted hablar y discursar, en forma tan correcta y elegante, que

fuera el autor de esos artículos, que serían muy buenos si no ofendieran tan despiadadamente a la gramática.

Zegarra, un poco desconcertado, sólo atino a contestar:

—Esos artículos, Exceientísimo señor, no son escritos por mí y... voy a tener que aclararlo en el próximo número.

—En defensa de su prestigio de escritor—recalcó el cazurro general—, debe usted suprimir a tan pésimos colaboradores.

Peruanidad.

MUSA IMPASIBLE

(Versión de Max Grillo)

Jamás, ¡oh musa! del color sincero
la pena descomponga tu semblante;
en presencia de Job, como delante
de un muerto, sea tu mirar austero.

Las inútiles lágrimas no quiero,
ni que tu boca enamorada cante;
habla en lengua de fuego como Dante,
crea dioses divinos cual Homero.

versos que con sus bárbaros sonidos
aprisionen tu imagen, y celebra
los cantos de las almas aprendidos;

Versos que con sus bárbaros sonidos
recuerden el guijarro que se quiebra,
o por el tiempo mármolés partidos.

*Francisca Julia. **

(*) Admirable discípula de Lecomte de L'Isle.—
M. G.

EL TESTAMENTO DE FO-YAO(*)

En el bosque de las leyendas del Oriente hay una que habla de Fo-Yao, sabio que floreció en la llustre Sérica en remotísima edad, y a quien los más ilustres de sus contemporáneos veneraban como a uno de los depositarios de la perfecta sabiduría. No se ufano jamás de poseer la ciencia infusa. Tuvo una mocedad desordenada, desperdió en temerarios empeños gran parte de su energía, amó, fué engañado y engañador, y entró luego en la madurez y al fin en la decrepitud, tras unos días de niebla, como el año entra en la estación otoñal: silenciosamente.

Fué entonces cuando comprendió que no había reunido tesoros para la senectud y que

* Esta prosa estaba formada desde hace dos meses para estas columnas.

sus hijos vivirían tras él en medio de los horrores de la pobreza. Sabíanlo bien los extraños y murmuraban entre sí, oponiendo saludables ejemplos de humana previsión. Hubo a la postre amigos que, aguijoneados por el afán de dar consejos—una de las múltiples formas de la necedad humana—se atrevieron a llegar hasta el sabio, no sólo para reñirle suavemente, sino también para incitarlo a realizar el postrer esfuerzo a fin de que adquiriese algunos bienes que legar a sus pósteros.

Fo-Yao recibió a los visitantes con alma serena; incorporado en su lecho de paja como Job en su estercolero les dejaba hablar, en tanto que en su boca semihundida, se insinuaba apenas una sonrisa de piedad y quizá un leve gesto de orgullo.

—Fo-Yao—dijo el más elocuente de los tentadores,—tu vida llega a su término natural, y pronto has de caer como la endeble caña de arroz bajo los vientos de noviembre. Dejarás tu sangre, que se ha renovado en las venas de tus nietos, y un nombre ilustre en la memoria de tus conciudadanos. Algo te falta, sin embargo, para haber cumplido tu misión en el mundo como corresponde a un verdadero sabio: no te preocupaste jamás por el porvenir de los seres que provienen de tu amor. ¿No quedan ellos expuestos a que la estrechez ahogue sus nobles potencias? ¿No pueden verse mañana, cuando ya tu gloria no les sirva de escudo, acosados por implacable acreedor? Alguno de ellos heredará los principios de tu vastísima ciencia, pero no todos llegarán a ser sabios; y ¿qué es la vida de un hombre ignorante si carece de las cosas que le hacen digno de ser amado? La heredad que maduran los soles de estío; la casa que constituye el único abrigo contra las inclemencias del tiempo y el mundo; la seda resplandeciente; las muelles alfombras; los versos de los poetas; la dulce y consoladora música, todo es necesario a quien no alcanzó a comprender el íntimo secreto de la existencia. Fo-Yao, piensa bien, vuelve en ti mismo y, realizando un postrer esfuerzo, llena el arcón vacío que vas a transmitir a tus sucesores.

Al oír esto, Fo-Yao entrecerró sus ojos ligeramente oblicuos; le brilló la testa con la serenidad de una montaña besada por la luna; guardó un breve silencio preñado de sublimes ideas, y dijo después, con un dejo de blanda y casi meliflua ironía, que sus oyentes no

alcanzaron a penetrar:

—No os habéis equivocado, nobles amigos míos, sino que tenéis razón; y aunque os hubiese agradecido esta solicitud hace unos sesenta años, no disputaré con vosotros, porque en el fondo, estamos de acuerdo... Pronto caeré como las cañuelas del arrozal a impulsos del viento, y mis sucesores tendrán que alzar querellas contra mi memoria porque no poseo tesoro alguno que dejarles. Haré sin embargo, ese último esfuerzo que me decís, y espero que, al llegar mi hora fatal, podrá llamar cerca de mí al más amado de mis nietos, a quien transmitiré toda la riqueza que me haya sido dable adquirir. Gracias os sean dadas en mi nombre y en el nombre de él por vuestra oportuna benevolencia.

Y los amigos de Fo-Yao se retiraron murmurando.

—Viejo ruín y necio—decía uno.

—Porque ha comprendido que le abrumáramos a razones, ha rehusado disputar con nosotros—exclamaba el más presuntuoso.

—Acaso sea un avaro—decía otro—y posea un tesoro recóndito, que no se resigne a entregar a sus pósteros, sino bajo el premio ineluctable de la muerte...

No maduraron dos veces las espigas del arrozal después de esta escena, cuando el sabio Fo-Yao comprendió que iba a emprender el viaje definitivo. No se inmutó por ello como hombre que sabe el arte de morir, se dispuso a soportar el peso que nos transmite frío eterno, y de sus ojos ligeramente oblicuos, que mostraban pupilas sin brillo, no se escapó una lágrima. Su cabello lacio y poco, se erizó como al impulso de un viento del más allá; su piel amarilla fué haciéndose transparente, y a través de ella se hubiera podido adivinar ya el blanco hueso desnudo. En el aire parecía flotar un extraño aroma, como de una alcoba donde manos piadosas acaban de apagar los blandones.

El moribundo mandó que se acercase hasta su lecho de pajas el menor de sus nietos, a quien amaba entrañablemente, y le hizo entrega de un gran tesoro por medio de las siguientes palabras:

—Hijo mío,—voy a morir. Yo corrí todos los caminos del amor y de la alegría; yo destilé en mi corazón las amargas hieles de la experiencia. Mi mano agregó una cuerda de cera a la lira; mis pies fueron hasta las aguas salutíferas de los montes de Pelling, y mi in-

dice señaló a los hombres del viejo País de Enmedio las rutas que van a Occidente... Y, sin embargo, voy a morir... No hay hazaña que nos sustraiga al rigor de la ley extrema. Y ahora distingo desde mi rincón las voces que murmuran contra mí, que mañana se alzarán a estigmatizar mi memoria. Desóyelas, nieto mío, y escucha esta final admonición, que te doy a guisa de herencia resplandeciente: **Nunca disputes con los estúpidos.**

Trémulas perlas de sudor de agonía brillaron en la frente del sabio. El cual, tras una ligera pausa, reanudó su entrecortado y vehemente discurso:

—No trabes querellas de palabra con los ignorantes, que están envenenados por el odio y corroídos por la vanidad. Si se atraviesan en un camino, dales de golpe con el báculo, pero no trates de probarles por medio de razonamientos que tienes algo que hacer brillar sobre sus frentes obscuras. ¿Has visto el ruiseñor argumentando para demostrar la pureza de su melodía? ¿O a las rosas componiendo discursos filosóficos para probar que tienen aroma? ¿O a la fuente allegando testigos para que el mundo sepa cómo ella fecunda los campos que cruza? Confía en tu propia e íntima superioridad, en tu nobleza recóndita, en el fin a donde quieras que se encamine tu acción, y deja que los estultos te desafíen vanamente a discutir con ellos. Recuerda que te están reservados altos destinos; que una musa acaricia tu cabellera; que la lira guarda el secreto crepuscular de la melodía, y que tus manos expertas pueden suscitarlo; que tienes un corazón ardiente, que tu cráneo, lleno de pensamientos vivaces, resplandece con azulina llama en medio de la obscuridad. Nunca disputes con los estultos. La estulticia es madrina de ruidos desapacibles que ahogan la voz del varón prudente, y querer sobreponerse a tales ruidos es tan inútil como pretender que un suave hilo de la flauta se sobreponga al coro de las ranas nocturnas...

Fo-Yao dejó de hablar. Sus brazos se crisparon como sarmientos entregados al fuego; sus ojos adquirieron de súbito la inmovilidad de la muerte, y una última palabra de sabiduría se ahogó entre sus labios, que no volverían a hablar más...

Ahí expiró el sabio Fo-Yao, prez de la anti-gua Sérica, rodeado de sus hijos y de los

hijos de sus hijos, de piadosas mujeres y de algunos amigos discretos que vertieron largo y doloroso llanto.

Porfirio Barba-Jacob.

Revista *Manizales*.

LA ROSA ROJA

(Traducción de Francisco Orozco Muñoz).

La esposa de un guerrero está sentada cerca de su ventana. Con la pena en el corazón borda una rosa blanca en un cojín de seda. ¡Se pincha el dedo! La sangre corre sobre la rosa blanca que se transforma en una rosa roja.

Su pensamiento vuela hacia el ausente, que está en la guerra y cuya sangre tal vez enrojece la nieve.

Escucha el galopar de un caballo. ¿Por fin será el amado? ¡No! Son los latidos tumultuosos de su corazón.

Se inclina aún más sobre el cojín y con hilo de plata borda sus lágrimas alrededor de la rosa roja.

Li-Tai-Po.

LOS PEQUEÑOS CEREBROS

Cuando a la muerte de un ilustre escritor, cuyo nombre no hace ahora al caso, los médicos averiguaron el peso de su cerebro, hubo en todo el mundo un movimiento de sorpresa. ¿Cómo es posible—se preguntaba la gente—que aquel hombre hubiera hecho cosas tan grandes con un cerebro tan pequeño?

Pero un cerebro, al fin y al cabo, viene a ser algo así como un limón y, cuando la necesidad obliga, todo es cuestión de exprimirlo bien, exprimirlo hasta sacarle la última gota de jugo. Hay mujeres de su casa que hacen en esto verdaderos milagros y hay escritores que, con una caridad insignificante de masa encefálica, llegan, en fuerza de paciencia, a producir obras geniales. ¡Qué remedio les queda a los pobres! O producen obras geniales o se mueren de hambre, y a falta de unos cerebros poderosos que facilitarían considerablemente su labor, tienen que arreglárselas como pueden con aquellos, mucho más modestos, de que les ha dotado la naturaleza.

Lógicamente parece que la profesión de es-

critor genial sólo debiera ser ejercida por hombres de una capacidad intelectual extraordinaria, pero, ¡qué quieren ustedes! A lo mejor los hombres dotados de esta capacidad no tienen precisión alguna de ganarse la vida escribiendo cosas geniales y prefieren que las escriban otros. ¿No han visto ustedes nunca en alguna estación de ferrocarril a un mozo de cuerda, raquíptico y desmedrado, transportando a costillas el equipaje de un viajero hercúleo? Pues es, exactamente, el mismo caso. También parece evidente que debieran ser los hercúleos quienes se dedicasen al transporte de equipajes y los hombres raquípticos y desmedrados quienes se les hiciesen transportar; pero estas son las injusticias del mundo en que vivimos.

¡Terrible descubrimiento ese del poco cerebro con que escribía sus obras uno de los escritores más grandes del mundo! Al conocerlo, uno tiene la misma sensación que tendría si, después de haber comido opíparamente en casa de un amigo se enterase de que este amigo, para darnos aquella comida, había tenido que empeñar el colchón y todas las ropas de la cama. Es decir, tiene la sensación de haberse dejado obsequiar y darse un verdadero banquete por un hombre que estaba en la mayor miseria, y esto le quita toda la gana de aceptar en lo sucesivo otros banquetes análogos.

Lo mejor, indudablemente, sería no esperar a la muerte de los escritores geniales para pesar sus cerebros, sino pesárselos en vida, a fin de saber quiénes tienen la fisiología del oficio y quiénes no, y, de este modo, nos evitaríamos muchas sorpresas y nos libraríamos de muchos remordimientos.

Julio Camba.

GUANTES BLANCOS

Emilio Zola nos regaló el arquetipo, tal vez, del comerciante en trance de perfección social. El héroe de *La dicha de las damas* es, en efecto, la personificación del genio mercantilista en función de cultura y urbanidad. ¡Qué hermoso ejemplo moral para los que creen todavía que comerciante y mercachifle son sinónimos!

La delicadeza y la caballerosidad, la pulcritud en formas y en palabras, la atinada mesura de acentos y ademanes, de gestos e intenciones para convencer al cliente desconfiado o reacio, son en verdad los guantes blancos de la diplo-

macia utilitaria del comerciante que sabe su oficio y, para cumplirlo con gloria y provecho, pone en él todo el talento de un refinado artista. Y estos son los elegidos para el triunfo entre los muchos llamados al fracaso de la mediocridad y la ignorancia.

Véritas.

ARIEL

Hemos recibido el número 127, serie 43 de esta simpática revista que en San José de Costa Rica dirige el eximio poeta y notable prosador hondureño Froylán Turcios, gloria de las letras hispanas.

Honduras, la tierra de los pinares, ha producido lo más excelso entre sabios, literatos y héroes. Es un país privilegiado: es la patria de Froylán Turcios.

Estamos muy agradecidos con el canje de tan ilustrada revista.

El Imparcial.
El Salvador.
enero de 1943.

PEQUEÑOS ANUNCIOS

No hace aún un siglo se leían en los diarios de la Habana y del sur de los Estados Unidos avisos de esta clase:

Vendo negro lucumi, muy manso; sabe de campo y jardín; es una oportunidad porque embarco en próximo paquebot.

O este otro:

Hermosa mulata, con crío, buena leche, etc., etc. La vendo en \$ 400. Sabe coser. Es de buen carácter."

EL PRESIDENTE BALTA (*) Y PANCHO FIERRO

Cuando se estaba llevando a cabo la obra de la Exposición de Lima, uno de los más gratos recuerdos de la administración de don José Balta, el animador y organizador de tales trabajos era el insigne costumbrista y notable historiógrafo limeño, don Manuel Atanasio Fuentes.

El inolvidable *Murciélago* había conseguido que concurrieran a realizar las distintas labo-

(*) José Balta, Presidente del Perú (1816-1872), electo en 1868. En 1872 fué preso por el general Góñez Gutiérrez, que lo hizo matar en la prisión."

res que demandaba la Exposición, los más connotados artistas con que se contaba en Lima. Entre ellos estaba nada menos que el propio Pancho Fierro, cuya paleta mágica estereotipaba, para el futuro, los más típicos motivos del ambiente.

Una mañana anunció Fuentes que don José Balta iba a revistar el estado de los trabajos en los terrenos de Santa Sofía. Todos los colaboradores estaban en sus puestos.

Pancho Fierro, conociendo la gran afición que el Presidente tenía por las peleas de gallos, tuvo la ocurrencia de pintar, en determinado lienzo del muro, un gallo de magnífica estampa.

Estaba tan bien colocado en relación con la perspectiva, y era tan perfecta la línea, que Balta tuvo la ilusión, a la distancia, de que se trataba de un gallo vivo.

—¡Qué hermoso animal!—dijo el Presidente observando al gallo, sin importarle ya nada de lo que circundaba el lugar.

Luego, dirigiéndose a Fuentes y tal vez organizando ya *in mente* una pelea, indagó:

—¿Quién es el dueño de ese gallo?

Pancho Fierro, que iba en la comitiva, cerca de Balta, contestó prestamente:

—Este gallo es de su Excelencia, si me permite desprenderlo del lienzo.

Balta, dándose cuenta de la ilusión que había *sufrido*, ordenó a Fuentes que se montara, para el estreno de la Exposición, un coliseo cuya decoración correría a cargo de Pancho Fierro.

DEMOCRACIA Y RELIGION

El Cristianismo es el gran par de alas indispensables para levantar al hombre por encima de sí mismo, por encima de su vida rastrera y de sus limitados horizontes. Siempre y en todas partes desde hace mil ochocientos años, tan pronto como esas alas desfilan o se quiebran, las costumbres públicas o privadas se degradan. El egoísmo brutal y calculador adquiere un ascendente, la crueldad y la sensualidad se patentizan, la sociedad se convierte en un cadalso o en un lugar de prostitución. No hay sino el cristianismo para detenernos en nuestra pendiente total, y el antiguo Evangelio, sea cualquiera su envoltura presente, es aun ahora el mejor auxiliar del instinto social.

Hipólito Taire.